

# Solemnidad de San José

## Homilía

✠ Cardenal Mario Aurelio Poli

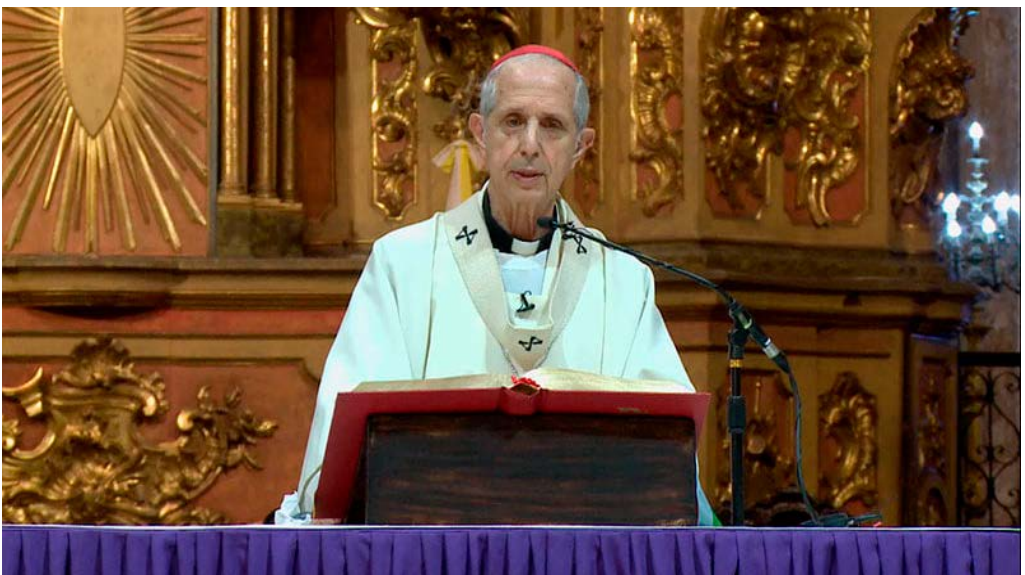
Al cumplirse los 150 años de la Declaración de San José como Patrono de la Iglesia Universal, el Papa Francisco nos invita a celebrar un Jubileo, un año dedicado al hombre que amó a Jesús con corazón de padre.

Así como María fue elegida para que Dios pueda entrar en el mundo, eligió también a José, su prometido, para que haga las veces de padre de Jesús. Ocurre que ella, concibió un hijo por obra del Espíritu Santo. Como dice un poeta, «Su vientre, como un cántaro, sede a la presión del misterio» y José lo nota, la noticia corre de boca en boca y las murmuraciones son crueles y llegan a la carpintería de José. La ley sobre el adulterio lo asiste para romper el compromiso y hasta podía denunciarla públicamente y ser lapidada por la turba en la puerta de su casa.

Pero él es un varón "justo"; opta por el retiro en silencio y elige el modo más moderado, guardando un repudio en secreto para no herir más a quien amaba (Dt 22,20-21).

Para entender esta actitud de José se le puede aplicar lo que el salmo primero exalta de los justos en la sabiduría de Israel: 1«Feliz el hombre ...que se complace en la ley del Señor y la medita de día y de noche! 3 El es como un árbol plantado al borde de las aguas, que produce fruto a su debido tiempo, y cuyas hojas nunca se marchitan: todo lo que haga le saldrá bien. 6. porque el Señor cuida el camino de los justos».

María tuvo una inefable revelación del Ángel Gabriel al anunciarle su maternidad divina; José, por su parte, tuvo también un anuncio angélico, pero con el discreto y simbólico lenguaje de los sueños. Sí,





también Dios reveló sus designios a José y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que la divinidad manifestaba su voluntad

Los ángeles se presentan en sueños y anuncian realidades que se cumplen en el tiempo real, y cuando son discernidos por un hombre religioso, que confía en Dios, no duda en obedecer lo que ordena. Los sueños recibidos por José se convirtieron en revelaciones y ahí hay un varón de recta intención, capaz de escuchar con el corazón, aceptarlas y ponerse a su servicio, aunque eso significase una audacia en grado heroico.

José estaba muy angustiado por el embarazo de María «Mientras pensaba en esto –nos dice el Evg de San Mateo-, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María...». El ángel echó luz a su dilema y entonces aflora la gran revelación del misterio que está aconteciendo en María: Cristo no nace de semilla humana ni del deseo de la carne, sino solo por el

Espíritu de Dios que obra en María Virgen. José, mientras lleva a su prometida a la casa que él mismo construyó con sus manos, va meditando el encargo recibido, porque ya sabe que para el hijo de María hay un nombre dispuesto por Dios: «pondrás el nombre de Jesús», que en la lengua hebrea significa “el Señor Salva”, “El Salvador”. Y el humilde carpintero de Nazaret será el responsable de ponerle el nombre que lo identificará con su misión: «porque él salvará a su Pueblo de todos sus pecados» (Mt 1, 21). San José ejercerá una verdadera paternidad para con Jesús y su misión como responsable de la Sagrada Familia estará guiada por los sueños, como cuando recibió el aviso de un peligro inminente: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13). José, en las penumbras de la noche acomodó a su familia y levantó lo que pudo –abrigo, alimentos y herramientas para su oficio-; no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,14-15). Es el hombre de la fe sin condiciones.

Nada sabemos cómo se las arregló el Carpintero de Nazaret para mantener a su familia en el país de las pirámides y el majestuoso Nilo, con una cultura tan ajena a la suya. Lo que sí sabemos que en Egipto, el artesano esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó: «Levántate, toma al niño y a su madre, y regresa a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño». Una vez más obedeció sin vacilar y con la confianza puesta en Dios emprende el largo camino

del desierto hacia su patria chica.

Todavía un cuarto sueño corrigió su itinerario y dio pruebas de que Dios los guiaba hacia el lugar más seguro, porque durante el viaje de regreso: «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2,22-23).

San José es el soñador silencioso —ni una sola palabra de él registraron los Evangelios—, sin embargo, su testimonio es muy elocuente, nos da el ejemplo de que Dios nunca nos suelta de su mano, que su promesas no defraudan, que vale la pena confiar en él. En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “*fiat*”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

Siguiendo los pasos de José nos permite visitar su Carpintería, contigua a su casa, donde empieza a entenderse la vida de Jesús y su Evangelio. Los encontramos felices en la pobreza, de una honestidad verdadera. Es en esa escuela humilde donde comprendemos la importancia que tiene el ambiente que rodeó su vida durante su estancia entre nosotros, y lo necesario que es el conocimiento de los lugares, los tiempos, las costumbres, el lenguaje, las prácticas religiosas, en una palabra, de todo aquello de lo que Jesús se sirvió para revelarse al mundo. En la humilde casa de obreros todo habla de Dios, todo tiene un sentido, y José, siempre en un segundo plano, en silencio, trabaja, ama, pacientemente trasmite la sabiduría de Israel a su hijo y lo inicia en los secretos de su oficio con la madera y las relaciones humanas que se abren a través del trabajo de sol a sol.

El Papa Francisco: «El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como

también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán[26] y Moisés[27], como hace Jesús, «único mediador» (1 Tm 2,5), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (1 Jn 2,1), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (Hb 7,25; cf. Rm 8,34)<sup>1</sup>.

Oración a la humildad de San José:

Los argentinos queremos saber San José:

¿cómo se vive siendo número dos,  
cómo se hacen cosas fenomenales en un  
segundo puesto,  
cómo se es feliz sirviendo y sin aplausos,  
cómo se persevera y se muere, sin esperar  
recompensas humanas?

Enseñanos José:

¿cómo se es no protagonista,  
cómo se avanza sin pisotear,  
cómo se colabora sin imponerse a los demás,  
cómo se ama sin reclamar?

Explícanos José:

¿cómo se es grande sin exhibirse,  
cómo se lucha sin aplauso,  
cómo se avanza sin publicidad,  
cómo se persevera y se muere sin esperar  
un homenaje?

«Vayan a ver a José y hagan lo que él les diga» (Gn 41,55). —nos señala la Biblia y la Iglesia lo dice de San José—, quien siendo tan importante en el plan de salvación, no se vanaglorió, muy por el contrario, desapareció en silencio...

1. Carta Apostólica *Patris Corde* del Santo Padre Francisco, con motivo del 150° Aniversario de la Declaración de San José